

¡Oh, filántropos, publicistas, ministros, embajadores, y vosotros, señores diputados en el Parlamento de Stambul, senadores de la mediana, todos alzad la voz en nombre de Dios y de la humanidad, á fin de que esta sangrienta ignominia, esta horrenda mancha del honor, este borron infame del género humano desaparezca, y que en el siglo XX no quede de él sino la memoria de su iniquidad, más dolorosa que la de la terrible carnicería de Bulgaria!

EL EJÉRCITO.

Aunque ya sabia yo antes de llegar á Constantinopla que no encontraría ni rastros siquiera de los magníficos ejércitos de tiempos antiguos, sin embargo, apenas llegué, busqué con vivísima curiosidad los soldados: ¡mi perpétua simpatía!

Mas encontré la realidad mucho peor de lo que me figuraba.

En lugar de los antiguos uniformes, amplos, pintorescos y guerreros, hallé otros negros y ajustados, los encarnados pantalones, chaquetillas estrechas, galones de portero, cinturones de colegiala, y sobre todas las cabezas, desde la del Sultan á la de el último soldado, aquel deplorable fez que además de ser mezquino y pueril, especialmente sobre las testas de aquellos corpulentos musulmanes, es causa de infinitas oftalmías y hemiplejias.

El ejército turco no tiene la belleza, no ya propia de un ejército turco, sino ni aun la de un

ejército europeo. Los soldados me parecieron tristes, disgustados de la profesion, y súcios; serán valientes, pero no son simpáticos. He visto sargentos y hasta oficiales sonarse las narices con los dedos en medio de la calle; guardias en el puente, donde está prohibido fumar, arrancar á un vice-cónsul el cigarro de la boca; á otro soldado le ví quitar á tres caballeros europeos el sombrero para darles á entender que en la mezquita de los dervís de Pera no se puede estar con el sombrero puesto. He sabido que basta alzar la voz en casos análogos para que cuando ménos se piense se le lleve á uno en brazos al cuerpo de guardia. Por todo lo cual comprenderán mis lectores que todo el tiempo que he permanecido en Constantinopla guardé profundísimo respeto á los soldados.

Pero dejé de maravillarme de sus maneras, cuando ví por mis propios ojos lo que son aquellas gentes antes de vestir el uniforme.

Observé, por ejemplo, pasando un día por una calle de Scutari, un centenar de reclutas procedentes probablemente del interior del Asia Menor, que me dieron compasion y asco. Produjéronme el efecto de aquellos espantosos bandidos de Hassan el loco, que atravesaron Constantinopla hácia fines del siglo XVI para ir á morir bajo la metralla austriaca de la llanura de Pesth. Veo todavía aquellas caras siniestras, aquellos largos

tufos saliendo del fez, aquellos cuerpos semi-desnudos y pintados de arabescos, aquellos adornos salvajes, y huelo aún aquel hedor á serrallo de fieras que dejaron tras sí en la calle.

Cuando llegaron las primeras noticias de los estragos de Bulgaria, pensé inmediatamente en ellos.—Deben ser mis amigos de Scutari—dije para mi colete. Ellos, sin embargo, son la única imágen pintoresca que ha quedado en mi mente, de los soldados musulmanes.

¡Oh bellos ejércitos de Bayaceto, Soliman y Mahomet; quién os pudiese volver á admirar por un minuto desde lo alto de las murallas de Stambul, extendidos sobre las llanuras de Daud-Bajá!

Cada vez que pasaba ante la puerta triunfal de Adrianópolis, aquellas hermosas legiones se agolpaban á mi imaginacion cual vision luminosa y me detenía á contemplar la puerta esperando de un momento á otro ver aparecer al Bajá maestre de los cuarteles, heraldo de las huestes imperiales.

El Bajá (1) gran maestre de los cuarteles, en

(1) Bajá, antiguamente era el título de los altos dignatarios y generales de mar y tierra; hoy, solo designa simplemente autoridad.

efecto, marchaba á la cabeza del ejército con dos colas de caballo, insignia de su dignidad. Detrás de él se veía á lo lejos vivísimos resplandores. Eran ocho mil cucharas de cobre colocadas en los turbantes de ocho mil genizaros, en medio de las cuales ondeaban las plumas y brillaban las armaduras de los coroneles, seguidos de un tropel de siervos cargados de armas y vituallas. Tras los genizaros, iba un pequeño ejército de voluntarios y de pajes, con las vestas de seda, con las mallas de hierro, con los cascos resplandecientes, acompañados por una banda militar. Luego los artilleros, con los cañones uncidos por cadenas de hierro, y despues otro reducido ejército de Agás, chambelanes, soldados feudatarios, ginetes todos acorazados y empenachados, luciendo sus ricas vestiduras y sus figuras interesantes. Todo esto no constituía sino la vanguardia.

Sobre las cerradas huestes, tremolan estandartes de mil colores, ondean colas de caballo, entrechócanse lanzas, espadas, arcos, flechas, arcabuces, hasta el punto, que con dificultad se distinguen los rostros de los soldados, ennegrecidos por el sol de Pérsia y de Candía. Los discordantes sonnes de las trompas, los clarines, los tambores y atabales, la voz de los cantores que acompaña á los genizaros, el continuado retintin de las piezas y de las armaduras, el estrépito de los hierros y cadenas, los gritos de ¡Alá! se confunden en ale-

gre y al par estridente ruido, que desde el campo de Daud-Bajá, viene hasta la otra orilla del Cuerno de Oro.

¡Ah, pintores y poetas que estudiásteis amorosamente el mundo oriental, para siempre jamás borrado, venid en mi auxilio á fin de resucitar bajo los viejos muros de Stambul el ejército entero fabuloso de Mahomet III!

La vanguardia ha pasado.

Avanza otro peloton fulgurante.

¿Es el Sultan? No, el Númen no ha salido aún probablemente del templo.

No es sino el cortejo del Visir favorito.

Son cuarenta Agás (1) vestidos de pieles de marta, que cabalgan cuarenta corceles con gualdrapas de terciopelo y freno de plata, seguidos de gran número de pajes y palafreneros pomposos, que conducen de la rienda otros cuarenta brutos enjaezados de oro y cargados de escudos, mazas y alfanges.

Se adelanta otro cortejo.

Todavía no es el Sultan. Son los miembros de la Cancillería del Estado, los grandes dignata-

(1) Agá, jefe superior de un cuerpo, ó con un mando especial.—Tratamiento tambien de distincion.

rios del Serrallo, el Gran Tesorero, á quienes acompaña gran banda militar y un torbellino de voluntarios con gorros encarnados que adornan alas de pintadas aves, vestidos de pieles de kolpak húngaros, y armados de largas lanzas, envueltas las astas en seda y guirnaldas de flores.

Otra oleada de caballos brota luego de la puerta de Adrinópolis. Tampoco es el Sultan todavía. Es el acompañamiento del gran Visir.

Le precede multitud de arcabuceros á caballo y de agás beneméritos del Gran Señor. Despues siguen cuarenta ginetes en medio de una floresta de mil y doscientas lanzas de bambú, empuñadas por sendos pages vestidos de color de naranja, y armados de arcos y flechas recamados de oro. Doscientos jóvenes divididos en seis escuadrones de otros tantos colores, en el centro de los cuales cabalgan gobernadores y parientes del primer ministro, á quienes siguen turbas de palafreneros, empleados, siervos, pages, agás y porta-estandartes, y el último el Kiaya, ministro del Interior, en medio de doce Sciaú, ejecutores de la justicia, cuyas huellas pisa la banda militar del gran Visir.

Otra muchedumbre desemboca nuevamente. ¿El Sultan? Aún no.

Es un torbellino de otros empleados espléndidamente vestidos y que constituyen la corte de

los juriconsultos, de los molláh (1), de los murrerí (2), y luego el montero mayor de las cacerías de halcon y de buitre, seguido de larga fila de caballeros que conducen en la silla los gatos pardos amaestrados para la caza, é interminable procesion de halconeros, escuderos, guardias, trompeteros y jaurías de perros con gualdrapas y collares llenos de piedras preciosas.

Aparece nuevo tropel de gentes.

Los espectadores hincan la rodilla.

¡Es el Sultan!

¡Todavía no es en realidad la cabeza del ejército, sino el corazon! El volcan del valor bélico, el arca santa, el carro triunfal de los musulmanes, alrededor del cual se amontonarán los cadáveres y correrán torrentes de sangre, la bandera verde del Profeta, la enseña de las enseñas, arrancada de la mezquita del Sultan Ahmet, que tremola entre turba multa de dervises cubiertos de pieles de leon y de oso, en medio á gran corona de predicadores de aspecto inspirado, envueltos en mantos de piel de camello, y entre gentío de emires (3), descendientes de Mahoma,

(1) Doctor, sacerdote en las mezquitas. Ejercen cierta magistratura en Turquía.

(2) Doctor de rango entre los ulemas, encargado de enseñar el dogma y las leyes en las escuelas públicas otomanas.

(3) Emir, título que se dá aún hoy en Turquía, á los descendientes de Mahoma.

coronados por verdes turbantes, y que todos juntos levantan á su presencia un amenazador y siniestro *viva* y rugidos, plegarias, alaridos, oraciones y cantos!

Sale inmensa oleada de hombres y caballos.

Esperad... el Sultan no se deja ver.

Es un batallon de Sciaú que agitan sus plateados bastones para abrir paso al juez de Constantinopla, y al gran juez de Europa y Asia. Sus turbantes campean por encima de las más altas cabezas. Y hé ahí el Visir favorito, y el Visir Caimacan (1), cuyos turbantes sobrecargados de joyas y galoneados de oro, sobresalen tambien; luego siguen sus pasos todos los Visires del divan, ante los cuales ondean las colas de caballo, tintas de hennéh (2), colgadas de las puntas de las lanzas encarnadas y azules; y por último los jueces del ejército, é interminable cola de servidores vestidos de piel de leopardo, armados de varia manera, y pajes, armeros y vivanderos.

Otro mar de esplendor y colores anuncia nuevo cortejo.

¿Es ya el Sultan?

Todavía no; es otro gran Visir vestido con

(1) Alto funcionario turco, sustituto del Gran Visir.

(2) Género de plantas de la familia de las letrarieas que se cultiva especialmente en Egipto y que produce un tinte con que se pintan las uñas las turcas.

purpúreo caftan forrado de cebellina, rigiendo un caballo cubierto de acero y oro, y rodeado de un centenar de criados envueltos en jáiques rojos, y de un monton de altos dignatarios y de lugar-tenientes generales de los genízaros, distinguiéndose el muftí como cisne entre pavos reales, y detrás dos hileras de lanceros con coseletes dorados, otras dos de arqueros con penachos en forma de media luna, y palafrenes y palafreneros del Serrallo, árabes, turcomanes, persas, caramanianos con sillas de terciopelo, mantas de rico canutillo, riendas y galones dorados, planchas adamasquinadas, escudos, armas y atalajes resplandecientes de rubíes y esmeraldas, cerrando el paso dos camellos sagrados, que llevan uno el Coran y otro una reliquia de la Kaaba (1).

Terminado este acompañamiento, hiende los aires fragorosa música de trompas, clarines y atabales, huyen los espectadores, truena el cañon, y se precipita fuera de la puerta un regimiento de ginetes, cuyas cimitarras se agitan en moliinete rápido, y hé aquí que en medio de espesa selva de lanzas, espadas y penachos, entre cascacos de plata y oro, sobre nubes de banderas y pendones y gallardetes de raso, adelanta el Sultan de los Sultanes, el rey de los reyes, el distributor de las

(1) Edificio venerando de los musulmanes y que se encuentra en la principal mezquita de la Meca.

coronas á los príncipes del mundo, la sombra de Dios en la tierra, el emperador y señor soberano del Mar Blanco y del Mar Negro, de la Rumelia y de la Anatolia, de las provincias de Sulkadr, del Diarbekir, del Kurdistán, de la Aderbigian, del Agiem, del Sciam, de Haleb, de Egipto, de la Meca, de Medina, de Jerusalem, de todas las comarcas de Arabia y del Yemen, y de todas las demás regiones conquistadas por sus gloriosos predecesores y augustos antepasados ó sometidas á su imperial majestad por la espada flamígera triunfadora. El cortejo solemne lentamente avanza, abriendo de cuando en cuando pequeños huecos, por entre los cuales se entreven los tres penachos llenos de brillantes y perlas del turbante del Dios, su cara pálida y grave, y el peto que relampaguea de rubíes, perlas, topacios, granates, zafiros, ópalos, diamantes y cuantas piedras preciosas existen en el mundo; el círculo se cierra, se estrecha, se oprime y se prolonga alargándose gran trecho, abatiéndose al suelo armas y cabezas á su paso, hasta que los aterrados espectadores alzan la frente cuando la vision se ha desvanecido.

Siguen al cortejo imperial á cierta distancia, oficiales de la córte, portadores del escabel ó alzapiés del Sultán, del sable, del turbante, del manto, de la cafetera de plata, de la cafetera de oro, y tras ellos otras hileras de pajes, y despues

otros pelotones de eunucos blancos, trescientos chambelanes á caballo, cien carrozas del haren con ruedas claveteadas de plata, parejas de bueyes con guirnaldas de flores, y caballos y más caballos que rodean legiones de eunucos negros, trescientas mulas con los bagajes y el tesoro de la córte, mil camellos cargados de agua, mil dromedarios cargados de víveres, un ejército de zapadores, armeros y operarios de Stambul, acompañados por grupos de bufones y de jugadores. Y por último, pasa el grueso del ejército combatiente; hordas de genízaros, huestes de silidar amarillos, compañías de azab encarnados, escuadrones de spahís con insignias rojas; ginetes extranjeros con estandartes blancos, cañones que vomitan pedazos de mármol y plomo, milicias feudatarias de los tres continentes, voluntarios salvajes de las extremas provincias del imperio...: en suma, nubes de banderas, selvas de penachos, torrentes de turbantes, avalanchas de hierro que van á lanzarse sobre Europa como una maldicion de Dios, dejando tras sí un desierto salpicado de horrible carnicería, de humeantes restos y de pirámides de troncos destrozados.